

**Tensiones entre la *observación participante* y la *participación militante*
La reflexividad como parte del trabajo etnográfico en un movimiento
socioterritorial**

Lic. Maria Eugenia Isidro

Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC)

Argentina

mariaeugeniaisidro@gmail.com

Resumen

En este trabajo se exponen algunas reflexiones que surgen a partir de la realización de una etnografía en un movimiento socioterritorial de carácter ambiental que resiste al modelo agrario vigente en una mediana ciudad argentina.

Además de realizar a modo introductorio un breve recorrido por conceptos teóricos centrales en la investigación como son el de “movimientos socioterritoriales” y el de “identidad”, nos dedicamos a desentrañar los pormenores del trabajo etnográfico describiendo detalladamente la implementación de las técnicas empleadas (observación participante y entrevistas), sus potencialidades y riesgos. Al mismo tiempo, profundizamos en las tensiones a las que se tuvo que hacer frente durante el proceso de investigación poniendo el acento en la reflexividad en tanto herramienta esencial del investigador social.

Palabras clave: movimiento socioterritorial – identidad – etnografía - reflexividad

Introducción

Al ser parte del mundo que estudiamos, la reflexividad es esencial en la tarea del investigador social. Entendida como la capacidad que tienen los actores sociales para volver sobre sus propias prácticas y poner en palabras sus percepciones acerca de ellas, la reflexividad cobra relevancia en las Ciencias Sociales asociada a la “etnografía” y a las metodologías de corte cualitativo.

Hacer una etnografía implica grandes desafíos para el investigador. El objetivo de este trabajo es poner en consideración algunas reflexiones que surgen de la experiencia de haber realizado un trabajo etnográfico en un movimiento socioterritorial¹. Además de describir cómo se hizo, ahondaremos en las tensiones que fueron surgiendo en el proceso de investigación y el rol que jugó la reflexividad.

A continuación, los invitamos a recorrer los senderos de esta investigación empezando por algunas consideraciones teóricas para después sí adentrarnos en lo referido a las cuestiones metodológicas que la hicieron posible.

¿Movimientos sociales o socioterritoriales?

Ante todo, resulta importante definir qué entendemos por movimiento socioterritorial. Esta noción surge a partir de los planteos del geógrafo brasilero Bernardo Mançano Fernandes quien enfatiza la idea de que éstos y los movimientos sociales “son un mismo sujeto colectivo o grupo social que se organiza para desarrollar una determinada acción en defensa de sus intereses, en posibles enfrentamientos y conflictos, con el objetivo de la transformación de la realidad” (Fernandes, 2006: 8). La diferencia radica en la perspectiva desde la cual se los analiza. En este sentido, cobra vital relevancia el territorio.

Raúl Zibechi considera que buena parte de las características comunes que tienen los movimientos sociales latinoamericanos derivan de la territorialización, es decir, “de su arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados a través de largas luchas” (2003, p. 186). Con la finalidad de lograr sus objetivos, los movimientos sociales construyen espacios políticos, se espacializan y promueven cambios en el territorio a partir de procesos de territorialización, desterritorialización

¹ Tesis de Maestría cuyo el interés está centrado en las relaciones y la construcción identitaria de los movimientos socioterritoriales (Maestría en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto. En proceso)

y reterritorialización (Fernandes, 2006) que se generan como consecuencia de las acciones colectivas emprendidas por esos movimientos sociales.

Entendiendo a la identidad como “una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporalmente fijada en el juego de las diferencias” (Arfuch, 2005, p. 24), nos preguntamos ¿cómo construye y reconstruye su identidad un movimiento socioterritorial? ¿quiénes forman parte de él? ¿qué tipo de relaciones se entretienen entre sus integrantes? ¿cómo aportan éstas al proceso de (re)construcción identitaria? ¿con qué otros actores sociales construyen vínculos? ¿cómo es la relación con éstos? ¿cómo afecta esta configuración de los “otros” en la del “nosotros”? Si la identidad colectiva es un proceso, ¿qué rol juega la historia del movimiento? ¿y la situación social, política y económica de su entorno? ¿qué relación se puede establecer entre las acciones colectivas que lleva adelante el movimiento y la (re)construcción de su identidad? Éstas fueron algunas de las preguntas que dieron inicio a la investigación y que condujeron a la elección de la perspectiva etnográfica, método en el cual el investigador participa de la vida cotidiana de un grupo durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas, o sea recogiendo todo tipo de datos que permitan describir al grupo (Guber, 2012).

El trabajo etnográfico se hizo en un movimiento socioterritorial de carácter ambiental que surgió en el año 2012 como resistencia al agronegocio en una ciudad mediana del sur de la provincia de Córdoba, núcleo de la Pampa Húmeda argentina. Demandas concretas y acciones colectivas frecuentes en defensa del territorio y en contra de todo aquello que perjudique la vida en él; reuniones asamblearias periódicas y toma de decisiones colectivas; trabajo en red con otras organizaciones y la permanencia de sus miembros que posibilita una proyección a largo plazo y la construcción de sentidos y valores compartidos, son elementos que nos habilitan a referirnos a este colectivo como un movimiento social con un fuerte arraigo territorial.

La participación y sus implicancias

Una de las principales características de los movimientos socioterritoriales es su estructura flexible y asamblearia que marca una ruptura con las organizaciones tradicionales como los gremios, sindicatos y partidos (Svampa, 2006). En las asambleas no hay un criterio (por ejemplo, la afiliación) por el cual se pueda entrar o

no, el único requisito es la participación, la “presencia”, el “estar allí” con continuidad, compromiso y voluntad de generar colectivamente nuevos códigos y sentidos (Giarracca y Petz, 2007). Cada asambleísta tiene la posibilidad de expresar su posición y argumentos ante los temas que son tratados, del mismo modo tiene derecho a votar o, como se da en nuestro caso de análisis, participar de la toma de decisiones a través del consenso resultante del acuerdo colectivo luego de una instancia de deliberación e intercambio de opiniones.

Para los movimientos socioterritoriales, la participación es central. Para la etnografía, también. He aquí el principio de la tensión. Si lo que se pretende es dar cuenta de las relaciones que se entretienen al interior del movimiento, observar vínculos y analizarlos, comprender las decisiones tomadas y acceder a las significaciones otorgadas a las prácticas cotidianas, participar implica mucho más que observar y tomar nota de lo que se ve u oye durante los encuentros con los asambleístas. Participar significaba “ser parte” del movimiento, entiéndase por esto: asistir a las reuniones asamblearias, proponer temas a tratar, opinar sobre los tópicos que se discuten, participar en la toma de decisiones y hacer todo tipo de actividades como salir a la calle a juntar firmas, redactar documentos, asistir a reuniones con funcionarios, entre otras tantas. Es decir, hacer lo mismo que cualquier otro participante.

La situación se complica aún más cuando el investigador se siente identificado con las demandas y objetivos planteados por el movimiento. Ante esto se encuentra en el desafío de redoblar la capacidad reflexiva sobre sus propias prácticas para mantener el equilibrio entre “observación participante” y su “participación militante”, tomar la distancia suficiente ante los datos para poder analizarlos y lograr así “una comprensión involucrada, más que una relación externa presentada como objetiva” (Guber, 2018, p. 69).

El cuaderno de campo era el testigo de los momentos de reflexividad. Se anotaban allí las asociaciones entre teoría y datos que se iban realizando a partir de lo observado, pero también se iban relevando las apreciaciones personales que surgían del participar, lecturas que indefectiblemente están atravesadas por las propias creencias, experiencias y expectativas.

La observación como eje de la investigación

En nuestra investigación, si bien estaba previsto de antemano la realización de observaciones participantes y entrevistas, pensar la manera de implementarlas y el momento oportuno fue todo un desafío.

La observación participante que comenzó allá por inicios de 2016 y que duró alrededor de dos años, fue el eje central del proceso de investigación. Esta técnica consiste en observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno al investigador y, al mismo tiempo, participar en diferentes actividades que involucran a los sujetos observados. “Participar” implica que el etnógrafo debe desenvolverse como lo hacen los nativos, comportarse como un miembro más. A partir de la observación se ve a los actores en sus contextos habituales de interacción por lo que se trata de una herramienta útil para contrastar lo que el actor dice hacer y lo que realmente hace (Guber, 2012).

Las reuniones asamblearias y las acciones colectivas realizadas por el movimiento fueron el escenario de las observaciones, como se había proyectado de antemano antes de empezar con el trabajo de campo. Sin embargo, participar activamente de la vida cotidiana del movimiento y tomar responsabilidades acordes al lugar ocupado como participante militante, hizo que pudiera acceder a otro “espacio” de interacción: las redes sociales digitales. Al reconocer la centralidad que éstas tenían tanto en la toma de algunas decisiones como en la organización de actividades, se decidió incorporarlas a la observación.

Durante las reuniones asamblearias el registro de las intervenciones fue lo más exhaustivo y detallado posible, tratando incluso de anotar expresiones textuales de los participantes, el tono de voz con el que lo decía, gestos, mímicas y movimientos del cuerpo. En la medida de lo posible, también se observaron y registraron las reacciones (verbales y no verbales) de los otros interactuantes. La disposición de cada uno de los presentes en el espacio también era una cuestión considerada al momento del registro que consistió en tomar notas en un cuaderno durante todo el encuentro. Nunca se hicieron grabaciones de voz ni videos como así tampoco registros fotográficos durante estas reuniones.

En las observaciones durante las acciones colectivas se consideró el escenario, los actores que participaban, las conductas de los integrantes del movimiento, algunas conversaciones que podrían aportar datos significativos, entre otros

aspectos. En estas circunstancias, resultó más complicado tomar notas in situ dado que casi todos los integrantes estaban cumpliendo alguna tarea específica, por eso el registro se realizó una vez terminada la actividad lo más pronto como se podía para no olvidar detalles que podrían resultar relevantes. Cuando la información era demasiada y había riesgos de olvidar algo, la herramienta “notas” del celular se convertía en la mejor opción para escribir algunas ideas que luego serían ampliadas al reconstruir las memorias de la jornada en el cuaderno de notas.

A medida que transcurría la observación y el registro no sólo de lo que acontecía dentro del movimiento sino también en lo que sucedía con el doble rol de “observadora participante” y de “participante militante” iba tejiendo relaciones, iba sacando conclusiones parciales que parecían explicar al movimiento, sus relaciones y la construcción de su identidad. Al momento de las entrevistas esas categorías que se armaban y rearmaban en el cuaderno de notas fueron puestas en tensión, en discusión.

Las entrevistas. Tensionando relaciones

Las entrevistas permiten profundizar en la comprensión de los significados y puntos de vista de los actores sociales. Con la utilización de esta técnica se busca acceder a las significaciones que los actores les otorgan a sus prácticas cotidianas, sus experiencias, a las acciones colectivas, a las relaciones y vínculos entablados tal como las manifiestan con sus propias palabras”.

Las observaciones y los datos relevados a partir de ellas fueron las que definieron en qué momento del proceso era oportuno hacer las entrevistas, a quién, cuáles serían los temas que tratar y cómo se desarrollarían. En este último punto fue esencial apelar a la creatividad. El desafío estaba en cómo hacer que los integrantes del movimiento hablen sobre sus prácticas y sus relaciones ante una compañera del grupo que había vivido con ellos la cotidianeidad de los últimos tiempos y que las respuestas no fueran “vos sabés cómo fue, estuviste ahí”. Ante este temor latente, se pensó en una dinámica que fuera más allá de la clásica estructura pregunta-respuesta-repregunta y se los invitó a los entrevistados a repensar sus prácticas y repensarse en su lugar dentro del movimiento a partir de otras dinámicas.

En primer lugar, dado que el material con el que se contaba producto de más de un año de observaciones era abundante, se seleccionaron algunos tópicos a ser conversados tratando de hacer un recorte en relación con los objetivos. Una vez

definido esto, se eligieron los participantes que podrían aportar más a esas cuestiones preestablecidas y se concretaron las entrevistas. Entre una y otra pasó el tiempo necesario para desgrabar, analizar y definir los lineamientos de la próxima.

Los lugares siempre fueron propuestos por los entrevistados. Esto hizo que los escenarios sean de los más variados, pero lo que nunca faltó sobre la mesa, además del grabador de voz con el que se registró cada una de las conversaciones, eran algunos elementos que invitaban al entrevistado a hacer un recorrido por los temas de una manera más didáctica, nos referimos a disparadores como fotos de acciones colectivas o de lugares relevantes en la historia del movimiento; recortes con frases de los entrevistados, de otros compañeros o de funcionarios; pequeños cartones con palabras recurrentemente utilizadas sobre todo en las publicaciones de Facebook; tampoco faltaron hojas en blanco y un fibrón para que el entrevistado pudiera agregar, tachar o corregir lo que creyera conveniente.

Si bien cada entrevista tuvo sus particularidades dado el nivel de confianza y afinidad con el entrevistado, duraron entre una y dos horas. Las conversaciones fueron organizadas en tres partes: en la primera se le preguntaba acerca de los comienzos del entrevistado en el movimiento, sus motivaciones personales y la manera en cómo concebía a la organización; en la segunda parte, se lo invitaba al entrevistado a reflexionar sobre la actualidad del movimiento, acá se ponían en discusión las relaciones establecidas por la investigadora entre datos y entre éstos y las teorías, se reflexionaba acerca de expresiones propias o ajenas que habían sido tomadas de las reuniones asamblearias o de las declaraciones a los medios de comunicación; en tercer y último lugar, se los incentivaba a que pensarán cuáles son los desafíos tanto internos como externos a los que el movimiento se debe enfrentar en la coyuntura actual. Durante las entrevistas se logró que los actores pudieran poner en palabras pensamientos, sentires, reflexiones acerca del movimiento, de ellos en tanto participantes, sus prácticas y relaciones.

Al poner en tensión las categorías que se construyeron durante las observaciones participantes, los aportes de cada entrevistado generaron más preguntas y nuevas relaciones; sacaron a la luz aspectos antes no tenidos en cuenta; hicieron quitar algunas, crear nuevas y renombrar otras. Así, por ejemplo, lo que se había denominado inicialmente “enemigos” luego de la primera entrevista fue relativizado y pasó a denominarse “adversario” tal como propuso el entrevistado. En otra entrevista, apareció una dimensión intermedia para referirse a las relaciones que se

establecen con algunas instituciones estatales, la denominaron “coyunturales”. De esta manera, “las voces de los sujetos cobran cada vez mayor protagonismo, se transforman en autores o coautores de los analistas” (Giarracca y Bidaseca, 2007, p. 46).

A modo de cierre

En un trabajo etnográfico cuando el nivel de involucramiento del investigador con los actores que analiza es demasiado alto resulta complejo salir del campo y tomar distancia necesaria para analizar los datos. Es ahí cuando la reflexividad cobra un papel primordial y se vuelve fundamental para hacer de ésta una investigación científica.

A lo largo del trabajo pudimos observar no sólo las tensiones que se generaron en torno al investigador sino también cómo se utilizaron algunas herramientas para potenciar la capacidad reflexiva de los propios actores, lo que permitió retroalimentar y enriquecer el trabajo de campo a partir de la coproducción de datos entre actor observado-investigador observador.

En definitiva, lejos de creer que la objetividad se logra a partir de la distancia con el objeto de estudio, en este trabajo se intenta dar cuenta que hasta cuando el involucramiento parece ser un obstáculo en la investigación, éste resulta de gran riqueza en el quehacer etnográfico si está acompañado de un profundo trabajo reflexivo. Al final del camino, cuando volvemos sobre nuestros pasos y reflexionamos sobre nuestras prácticas nos damos cuenta de que, como dice Rosana Guber, “la etnografía nos cambia y ya no volvemos a ser como antes” (2018, p. 69).

Bibliografía

- Arfuch, L. (2005) Problemáticas de la identidad. En Arfuch, L. (comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades* (pp. 21-43). Buenos Aires: Prometeo.
- Fernandes, B. (2006) "Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales. Contribución teórica para una lectura geográfica de los movimientos sociales". Recuperado de <http://www.acaoterra.org/IMG/pdf/Movimientos-socioterritoriales-y-movimientos-socioespaciales.pdf>.
- Giarracca, N. y Bidaseca, K. (2007) Ensamblando las voces: los actores en el texto sociológico. En Kornblit, A. (Coord.) *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*, pp. 35-46. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Giarracca, N. y Petz, I. (2007) La Asamblea de Gualeguaychú: su lógica La Asamblea de Gualeguaychú: su lógica de nuevo movimiento social y el sentido de nuevo movimiento social y el sentido binacional "artiguista" de sus acciones binacional "artiguista" de sus acciones. *Realidad Económica*, nº 226, pp. 101 – 126.
- Guber, R. (2018) "Volando rasantes"...etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador. En Piovani, J y Muñiz Terra, L (coord.) *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 52-72). Buenos Aires: CLACSO, Biblos.
- Guber, R. (2012) *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Svampa, M. (2006) Movimientos sociales y nuevo escenario regional: inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina. *Cuadernos de Socio-Historia*, 19/20, pp. 141-155.
- Zibechi, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. En: OSAL: Observatorio Social de América Latina. No. 9. Buenos Aires: CLACSO.